

Avatares de una "gozosa aventura"

Un libro distinto, y como sin quererlo (*). El autor confiesa que no quiso hacer literatura, lo que es una manera de hacerla bajo excusa de inocencia. En un relato autobiográfico no utiliza en efecto ningún recurso deliberado, salvo una sencillez de redacción que no es al fin de cuentas sino un modo de hacer literatura.

Nacido en Holanda, director hace muchos años de una editorial en Buenos Aires, ha recorrido varios países siempre en su oficio, casi toda Europa, incluso Rusia, y en América Estados Unidos y Brasil, y hasta, muy de paso, Uruguay. Prodigia anécdotas, sucesos y peripecias memorables, a través en especial de una sucesión de encuentros con personalidades literarias y religiosas, muchas de ellas de singular relieve: entre ellas Maritain, Bernanos, Belloc, Kazantzakis, Chesterton, María Rosa Oliver en Argentina, y con especial predilección Van Der Meer de Walcheren, de quien reconoce haber recibido profundas influencias.

Reproduce además, y hace suya en plena carátula, una frase de Stanislas Fumet: "No me siento orgulloso de lo que soy, no estoy orgulloso de lo que hago, me siento orgulloso de lo que amo". Y esta además evidentemente orgulloso de poder decirlo, pues no hay página en que no lo pregone, como una glorificación de la existencia y del amor, exaltación que ilustra con numerosos episodios de su propia vida.

De sentimientos cristianos profundamente arraigados, hace suyas también las palabras del pastor Niemöller: "No pertenezco a la Iglesia a causa de la Iglesia, sino a pesar de ella. La Iglesia crucifica a Jesús. Pertenezco a la Iglesia porque creo en Jesucristo". Así, mientras exalta el sentido moral superior de Juan XXIII, quien "abrió las ventanas de par en par para que el aire fresco pudiera entrar en ese ambiente de moho y polvo secular que era la Iglesia, sustituyendo la primacía del poder por la primacía del servicio", impugna en cambio a Juan Pablo II, culpable de señalar con el dedo ante la televisión a la autoridad religiosa en Nicaragua, en lugar de tenderle la mano. En posición decididamente anticlerical, reprueba el boato y pompa rituales en San Pedro y el Vaticano, heredado de las cortes imperiales de Roma y Bizancio, "lo que para mí tienen muy poco que ver con el hijo del carpintero José, Jesús de Nazareth". Denuncia por consiguiente "el afán de poder, la falta de diálogo, la acolegialidad que siguen creciendo cada día", y recuerda lo manifestado por Juan XXIII al recordar un viaje en la silla gestatoria "empaquetado en su vestimenta", diciendo que se había sentido entonces "como un sátrapa oriental".

Con análoga severidad juzga Lohlé al comunismo soviético. Reproduce a ese respecto las reflexiones de Giorgio La Pira, "un santo laico viviente", quien, después de reconocer que Marx "es el Isaías de los tiempos modernos", declaró que "encontrar a Marx hoy en día en la Unión Soviética es tan extraño como encontrar a Dios en el Pentágono". Palabras, corresponde agregar, que revelan la aún mayor severidad con que trata a Estados Unidos, donde "se atribuyen el rol de no ser solamente el gendarme del mundo sino del universo porque ni a las estrellas quieren dejar tranquilas". Es cierto —reconoce Lohlé— que cada norteamericano, pobre o rico, tiene "sentido de la libertad, la convicción de que tienen derechos y que además, bien o mal, los pueden hacer valer", pero "esa vivencia de la libertad, para afuera no corre", desde que apoyan a "los tiranos crapulosos más grandes de la historia para mantener su país sobre muchos países". Las humillaciones sufridas en Corea, Vietnam, etc. "han suscitado un nacionalismo exacerbado", lo que —agrega— justifica la opinión de Gertrudis Stein: "El problema de mi país es que ha venido del primitivismo a la barbarie sin pasar por la civilización".

En cuanto a América Latina, su problema —dice Lohlé— no es el comunismo, sino "la opulencia de pocos y el hambre y la miseria de la mayoría". En el año 2.000, "será unida, o no será sino una nueva forma sutil de colonia de los ricos".

Tales rechazos, que incluyen al nazismo y al franquismo, nacen en el autor de un sentido muy intenso e indeclinable de la vida como "maravillosa y siempre gozosa aventura, cualquiera sea la creencia o latitud en que habite", según expresión de James Joyce que el autor reproduce; y si exhuma tantos recuerdos y encuentros, es porque en todas esas ocasiones reconoce la aceptación del otro y esa urgencia de amor que ratifica sus más íntimas creencias acerca de una comunión divinamente enraizada.

El libro es en ese sentido un documento considerable, un testimonio que bien puede ayudar ciertamente a muchos desesperanzados a superar los desmentidos de que la experiencia es pródiga. En una sola ocasión esa conciencia se le revierte, y fue cuando la evacuación en masa de Holanda bajo los arrasadores bombardeos de la aviación nazi. Al ver caer destrozados a un fugitivo y a su esposa, y al ver el terror que se apoderaba entonces de los dos hijos, repentinamente solos y abandonados, un pensamiento lo domina: "De haber tenido yo un arma, hubiera matado a balazos a sangre fría a cien de estos aviadores".

En la página final, sin embargo, Lohlé termina confirmando su más arraigada creencia y la actitud vital correspondiente: "He tratado de seguir con honestidad y humanamente un camino, lleno de debilidades, todo el resto ha sido y es para mí una pura gracia de Dios"; una buena síntesis de un libro que la confirma en todas y cada una de sus partes.

Washington Lockhart

(*) *Presencias y experiencias*, de Carlos Lohlé, Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1986.